

# Un tríptico de Miguel Antonio Caro (1843-1909). Una revisión historiográfica comparada, entre la leyenda negra española y el catolicismo finisecular

*A Miguel Antonio Caro's Triptych: a comparative historiographical review. Between Spanish Black Legend and fin-de-siècle Catholicism*

**Santiago Pérez Zapata<sup>1</sup>**

Unicervantes  
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas  
Bogotá, Colombia  
<https://orcid.org/0000-0002-8125-8665>  
[sperezhistoria@gmail.com](mailto:sperezhistoria@gmail.com)

**Sumario:** 1. Introducción. 2. Jaime Jaramillo Uribe y la historia de las ideas en Colombia: Caro y la hispanidad ante el afrancesamiento y la anglofilia de la modernidad liberal decimonónica. 3. Miguel Antonio Caro y sus estudiosos del Instituto Caro y Cuervo: un humanista integral en el siglo XIX colombiano. 4. “Miguel Antonio Caro y la cultura de su época”, la aproximación filosófica de Rubén Sierra Mejía: Caro y la Regeneración una “modernización sin modernidad”. 5. Conclusiones.

---

<sup>1</sup> Doctor en Historia por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de los Andes (Bogotá, Colombia). Profesor en la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de Unicervantes.

**Resumen:** El objetivo del presente artículo es examinar al escritor católico colombiano Miguel Antonio Caro (1843-1909) como un tema historiográfico desde tres enfoques: la historia de las ideas de Jaime Jaramillo Uribe, la historia de la filología impulsada por el Instituto Caro y Cuervo, y la historia filosófica de Rubén Sierra Mejía. Se sostiene que estos enfoques han dado lugar a tres imágenes historiográficas que han condicionado la interpretación de la vida y obra de Caro, generando diagnósticos reiterativos que operan sobre la lectura de las fuentes primarias. La historiografía se aborda aquí como una reflexión sobre los supuestos conceptuales que orientan la escritura de la historia en torno a Caro. La originalidad del estudio radica en contextualizar históricamente los textos analizados, explicando cómo se han ido constituyendo en referentes y cómo en varias ocasiones se entrecruzan o pueden ser comparados y contrastados entre sí. Asimismo, se plantea una crítica al quehacer historiográfico, al señalar cómo ciertas narrativas tienden a cristalizarse en el tiempo y a perpetuarse sin mayor cuestionamiento. Se concluye que el impacto de la imagen historiográfica de Caro formulada por Jaramillo Uribe ha sido un referente central en la disciplina. Además, se busca estimular un debate crítico en la historiografía, desafiando interpretaciones consolidadas y ofreciendo un análisis aplicable a otros casos dentro de las tradiciones historiográficas española e hispanoamericana.

**Palabras clave:** Miguel Antonio Caro, historiografía, imagen historiográfica, hispanidad, modernidad, leyenda negra española, humanismo, catolicismo, liberalismo

**Abstract:** This study aims to examine the Colombian Catholic writer Miguel Antonio Caro (1843-1909) as a historiographical subject from three perspectives: the history of ideas of Jaime Jaramillo Uribe, the history of philology promoted by the Caro y Cuervo Institute, and the philosophical history of Rubén Sierra Mejía. It is argued that these approaches have lead to three historiographical images that have conditioned the interpretation of Caro's life and work, of which their reiterative diagnoses have influenced the reading of primary sources. Historiography is approached here as a reflection on the conceptual assumptions that guide the writing of history about Caro. The originality of the study lies in historically contextualizing the analyzed texts, explaining how they have

become references and how they intersect on several occasions or can be compared and contrasted with each other. Likewise, the author offers a critique of historiographical practice, pointing out how certain narratives tend to crystallize over time and perpetuate themselves without further question. The author concludes that the impact of Jaramillo Uribe's historiographical image of Caro has been a central reference in the discipline. Furthermore, the author seeks to stimulate critical debate within historiography, challenging established interpretations and offering an analysis applicable to other cases within the Spanish and Latin American historiographical traditions.

**Key words:** Miguel Antonio Caro, historiography, historiographic image, Hispanidad, modernity, humanism, Catholicism, liberalism

---

**Cita sugerida:** Pérez Zapata, S. (2025). Un tríptico de Miguel Antonio Caro (1843-1909). Una revisión historiográfica comparada, entre la leyenda negra española y el catolicismo finisecular. *Revista de Historia Universal*, (31), 15-72.

---

## 1. Introducción

La trayectoria intelectual y política de Miguel Antonio Caro (1843-1909) ha sido abordada por investigadores pertenecientes a distintas disciplinas de las ciencias humanas. Se podría decir que el énfasis investigativo ha girado en torno a la asociación de las labores políticas e intelectuales de Caro alrededor del periodo de la historia política colombiana conocido como la “Regeneración” (1878-1900). Sobre esta época, Palacios (2003) hace una buena síntesis de este periodo histórico (pp. 23-78). En esencia, en la historia de Colombia, significó el ocaso del liberalismo radical dominante desde la época federal instaurada en 1863, puede decirse que fue un triunfo del catolicismo político finisecular en alianza con el liberalismo moderado (o independiente) encabezado por Rafael Núñez (1825-1894), este último será varias veces presidente, después de una guerra civil en 1885 logró

transformar el orden constitucional en 1886 volviéndolo favorable a la Iglesia católica e instaurando una República conservadora y centralista.

De hecho, el fenómeno que puede observarse es una cierta continuidad entre la apología y la crítica política (bien sea liberal o conservadora) que los contemporáneos de Caro realizaron sobre sus decisiones (y las consecuencias de estas) respecto de su labor como estadista (redactor de las bases de la constitución de 1886, vicepresidente entre 1892 y 1894 y vicepresidente encargado del poder ejecutivo por la muerte de Núñez entre 1894 y 1898). Dentro de esta continuidad que oscila entre la loa y la condena de Caro se debe incluir a buena parte de los trabajos de investigadores provenientes del ámbito universitario de las ciencias sociales (sociología, politología, filosofía, historia profesional, estudios literarios y culturales). En efecto, autores como López Jiménez (2008) realiza una crítica historiográfica sobre la constante asociación (convertida en convención o lugar común) entre el periodo de la Regeneración y el perfil político e intelectual de Miguel Antonio Caro (pp. 33-72). Asimismo, la multiplicidad de corrientes historiográficas está indisolublemente nutrida de diferentes disciplinas y acercamientos teóricos de las ciencias sociales que, organizadas en un esquema, ayudan a entender y contrastar la variedad de aproximaciones interpretativas al problema de la comprensión histórica de este polémico escritor católico.

El esquema analítico que presentaremos a continuación se compone de tres aproximaciones interpretativas (tres casos de estudio), que contienen dentro de sí varias corrientes historiográficas, que han dedicado trabajos a Miguel Antonio Caro, las cuales son: 1. Una historia de las ideas desarrollada por

el historiador Jaime Jaramillo Uribe (1917-2015), 2. Una lectura histórica desde un punto de vista más especializado de historia de la filología y de la lingüística que enfatiza la labor filológica de Caro y, al mismo tiempo, se enfoca en el proyecto editorial de la publicación de sus obras completas manifestando una clara afinidad con las ideas hispanistas propugnadas por el escritor bogotano, representada en los trabajos filológicos y lingüísticos del Instituto Caro y Cuervo, con tres ejemplos clave tomados de los textos de Rafael Torres Quintero (1909-1987), José Manuel Rivas Sacconi (1917-1991) y Carlos Valderrama Andrade (1927-2007), 3. Una historia de orientación filosófica que oscila entre el estudio de las posturas políticas y culturales de Caro y el examen del contexto histórico colombiano propio de su época, desarrollada por un esfuerzo combinado de filósofos e historiadores liderados por Rubén Sierra Mejía (1937-2020), aquí nos centraremos en el análisis de las ideas de este último investigador (con algunos apuntes críticos a la obra general). Este último grupo de investigadores se inclina a evaluar el carácter problemático del legado histórico de Caro para el presente (asociando el legado de la Regeneración con el personaje histórico de Caro), pero no aborda las conexiones de su época con las distintas tendencias intelectuales católicas hispanoamericanas y europeas, en especial el peso que el ultramontanismo tuvo en aquel momento. Camino abierto parcialmente por Cortes Guerrero (2016), si bien desde una visión panorámica, pero con varias referencias a Caro (pp. 361-407 y pp. 449-495).

Esta investigación supone que de los tres casos mencionados se desprenden tres imágenes historiográficas que han servido de referente para interpretar la vida y la obra de Miguel Antonio Caro, pues las labores de investigación histórica tienden a tomar como apoyo la producción escrita de estas tres aproximaciones

para emitir juicios (y a veces prejuicios) sobre las fuentes primarias que refieren al escritor bogotano. Con imágenes historiográficas nos referimos a aproximaciones interpretativas surgidas del trabajo histórico sobre un tema que, incluso cuando ha sido muy estudiado desde distintas corrientes, va creando una especie de diagnóstico que se repite indiscriminadamente afectando la lectura de las fuentes primarias, en el sentido de que dichas fuentes son sometidas a un mismo diagnóstico que deja de ser hipotético creando un imaginario común que imperceptiblemente se va transformando en una forma circular y cerrada en sí misma de relatar los sucesos, se establece entonces un relato convencional venido de las fuentes secundarias y aplicado a las fuentes primarias de una manera acrítica.

López Jiménez (2008) en un capítulo de uno de sus estudios sobre Caro, ha intentado descifrar los distintos significados que portan algunas de las imágenes historiográficas elaboradas en torno a Miguel Antonio Caro, tiene en común con nuestro análisis tener en cuenta a Jaime Jaramillo Uribe (aunque mucho más sucintamente) y al libro colectivo dirigido por Rubén Sierra Mejía, no aborda de manera detallada los tres autores (Torres Quintero, Rivas Sacconi y Valderrama Andrade) que hemos seleccionado del Instituto Caro y Cuervo y despacha las interpretaciones derivadas de esta institución en un párrafo. Sin embargo, aunque sus resultados son diferentes a los nuestros, suscribimos su idea de que existen muchas imágenes de Miguel Antonio Caro y, especialmente, una imagen que es muy persistente basada en la asociación automática, acrítica y reduccionista de igualar a Caro con el periodo histórico de la Regeneración, dice López Jiménez (2008):

Según la historiografía ambos temas historiográficos también coinciden en el rechazo a la modernidad y a los progresos de la

ciencia, o en que confunden los asuntos religiosos y teológicos con otros ámbitos de la sociedad, y esto ocurre porque tanto Caro como la Regeneración son fieles abanderados de un oscurantismo conservador (pp. 35 y 56).

De ahí la necesidad de no reducir la historiografía a la enumeración y descripción lineal de libros y artículos de historia dando cuenta (por vía del solo comentario pasivo) de la producción escrita y de las novedades bibliográficas (casi reduciendo el trabajo a una técnica bibliométrica que es solo un insumo y una herramienta auxiliar de la disciplina); ejercicio que en el fondo se convierte en un tipo de crónica que no necesariamente implica una historia crítica de la disciplina histórica, pues una historia de la historia debe devolver al debate crítico las imágenes historiográficas más o menos petrificadas de un tema que corre el riesgo de ser resuelto bajo una proposición autoevidente, la cual con los años se convierte en un punto de partida (en un axioma) y no en un resultado o punto de llegada de una investigación con rigor crítico y reflexivo. Sobre la concepción del término historiografía como una crítica o reflexión de la historia del quehacer del historiador, suscribimos la explicación de Pocock (2011):

La historia de la historiografía se acerca cada vez más a la arqueología. A medida que va pasando el tiempo, llegamos a saber mejor en qué circunstancias tuvieron lugar los hechos, de modo que la narración de sucesos se acaba convirtiendo en la narración de aquellos contextos que les dotan de significados (en plural) (p. 136).

Por lo tanto, en este escrito se propone hacer una crítica historiográfica precisa en tres casos representativos y no un balance bibliográfico, ni tampoco un estado del arte, se trata de un ejercicio concreto de análisis y no de síntesis. Tomamos la

acepción de historiografía como una reflexión en torno a los presupuestos conceptuales que implica la escritura de la historia respecto a la presencia de Miguel Antonio Caro en la historiografía colombiana. Es una crítica en la que el propio historiador medita sobre los alcances y límites de su quehacer en tanto la narración presupone varias formas de plantear problemas y dar soluciones, estas últimas muchas veces quedan prefijadas en el tiempo al cabo que se reproducen a través de la enseñanza y terminan siendo puntos que no se discuten. En este punto, estamos de acuerdo con Betancourt Mendieta cuando critica la reducción del concepto de historiografía a una serie de ejercicios de enumeración bibliográfica y comentario diacrónico de los textos producidos por los historiadores,

Pese a esta tendencia diacrónica que predomina en América Latina, la palabra historiografía tiene un significado adicional más cercano a lo que se entendió por historiología, vocablo en desuso en la actualidad en el ámbito de los historiadores y los filósofos. La historiología tenía por objeto reflexionar sobre la escritura de la historia; por lo tanto, como actividad propia del ámbito de la disciplina histórica es una actitud que mantiene su vigencia (Betancourt Mendieta, 2020, pp. XIX).

La originalidad del tríptico consiste en situar históricamente los textos seleccionados demostrando cómo se han ido constituyendo en referentes y cómo en varias ocasiones se entrecruzan o pueden ser comparados y contrastados entre sí, con el fin de confirmar la presencia de varias imágenes de Miguel Antonio Caro que perfilan características del personaje y que han terminado siendo incorporadas a nuestra tradición historiográfica.

Hasta ahora se han hecho trabajos de historiografía (en la acepción crítica mencionada arriba) sobre el periodo de la Regeneración y sus distintas versiones en el discurso histórico

(García Albarracín, 2021)<sup>2</sup>, sobre el uso y las transformaciones de la idea de nación en la tradición historiográfica colombiana (Betancourt Mendieta, 2020, pp. 25-74), sobre el uso estratégico y la transferencia cultural de las nuevas ciencias del lenguaje (filología comparada y lingüística histórica) por parte del grupo intelectual al que pertenecía Miguel Antonio Caro, criticando historiográficamente las imágenes heroicas y legendarias de Caro y amigos creadas por la historiografía lingüística y filológica (Jiménez Ángel, 2018, pp. 217-310), incluso se ha hecho una crítica historiográfica sobre la historia oficial de la filosofía en Colombia (López Jiménez, 2018, pp. 49-102). Sin embargo, no se ha hecho una historia de la historia en el sentido específico de una crítica historiográfica de las imágenes de Miguel Antonio Caro presentes en tres de sus aproximaciones investigativas que consideramos más representativas<sup>3</sup>. Por otra parte, Se espera que este análisis pueda servir de insumo a un estudio más profundo del personaje en cuestión y a su obra, pero también que sirva para estimular este tipo de reflexión historiográfica referida a la historia de la historiografía en torno a otros personajes clave como Rafael

---

<sup>2</sup> Este trabajo es un aporte significativo, dado que ninguno de los dos tomos de *La historia al final del milenio: ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana* (1994) coordinada por Bernardo Tovar Zambrano se ocupa del tema historiográfico de las múltiples interpretaciones históricas de la Regeneración o de Miguel Antonio Caro.

<sup>3</sup> Como se mencionó antes, más allá del capítulo aportado por López Jiménez (2008), que tiene un criterio y una configuración distinta a nuestra propuesta, no se ha hecho una crítica historiográfica como la planteada en este artículo, muy a pesar de toda la producción de trabajos históricos que se han realizado y se siguen haciendo (que no caben dentro de la historia de la historiografía antes referida) sobre Miguel Antonio Caro y su contexto histórico.

Núñez o el general Tomás Cipriano Mosquera, solo por mencionar dos casos ejemplares en la historia de Colombia. Incluso se pretende fomentar el estudio de otros personajes históricos españoles e hispanoamericanos que se han vuelto temas historiográficos recurrentes en sus respectivas tradiciones de escritura de la historia.

A continuación, se presenta un examen detallado de cada una de las imágenes historiográficas que se desprenden de los tres casos de estudio, que como se dijo antes implican a diversas corrientes, con el objetivo de ofrecer una crítica y una conclusión que proponga un camino nuevo.

## 2. Jaime Jaramillo Uribe y la historia de las ideas en Colombia: Caro y la hispanidad ante el afrancesamiento y la anglofilia de la modernidad liberal decimonónica

La primera imagen historiográfica que trataremos es la que desarrolló el historiador Jaime Jaramillo Uribe en la década de 1950 justo antes de su viaje de estudios a Alemania y que se inscribe en la corriente de la historia de las ideas, más exactamente con su libro *El pensamiento colombiano en el siglo XIX* publicado por primera vez en 1964 por la editorial Temis (Jaramillo Uribe, 1964/1982). El autor afirma en el prefacio a la primera edición haber estado investigando desde 1950 y estampa su firma en una nota introductoria de mayo de 1956 en la ciudad de Hamburgo, en cuya universidad realizaba labores de profesor visitante en comisión por un periodo de dos años (1954-1956) (Jaramillo Uribe, 2007, pp. 135-142). En Alemania, con fines de

divulgación de su investigación, Jaramillo Uribe dio conferencias en distintas ciudades sobre lo que era para entonces el proyectado libro, una de las cuales fue dictada en la Universidad de Maguncia en 1956 que consistió en tomar parte del material dedicado al pensamiento hispanista de Caro y agregarle por contraste las ideas del político liberal argentino Juan Bautista Alberdi, luego fue publicada en 1957 en la revista *Studium* de la facultad de filosofía de la Universidad Nacional de Colombia (Jaramillo Uribe, 1977, pp. 15-32). Cuando esta misma conferencia fue dictada generó una interesante polémica con el filósofo y crítico literario Rafael Gutiérrez Girardot (1928-2005) que ejercía como profesor en la Universidad de Bonn, institución que era anfitriona. Cuenta Jaramillo Uribe (2007):

Después de la conferencia, el embajador De Brigard nos invitó a una comida y, en medio de la charla, Gutiérrez, que años antes había pasado una temporada de estudios en la España franquista, expresó su desacuerdo con la imagen que en mi conferencia había hecho del señor Caro y se manifestó en términos muy desfavorables sobre la tradición y la cultura españolas (pp. 140-141).

Antes de su viaje a Alemania y a medida que avanzaba el inédito libro, Jaramillo Uribe se empeñó –quizá no gratuitamente– en publicar al menos las partes dedicadas al pensamiento hispanófilo de Caro, como fue el artículo “Miguel Antonio Caro y el problema de la valoración de la herencia espiritual española” en la revista *Thesaurus* del Instituto Caro y Cuervo en 1954, en este artículo se anunciaba la próxima publicación de *El pensamiento colombiano en el siglo XIX* en México (Jaramillo Uribe, 1954, pp. 59-77). Aunque solo fuera publicado –como se dijo– hasta 1964 en Temis, en cuyo prefacio Jaramillo Uribe explica que por diferentes inconvenientes no pudo salir impreso en la colección sobre

historia de las ideas de América auspiciada por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia con sede en Ciudad de México, después de la nota introductoria de 1956, el autor menciona al historiador de las ideas mexicano Leopoldo Zea. Esta reminiscencia a Zea es importante, pues, aunque el enfoque de Jaramillo Uribe es original y diferente, el mexicano fue uno de los pioneros en el campo de la historia de las ideas en Hispanoamérica. De hecho, Jaramillo Uribe en el desarrollo de su libro cita el trabajo de Zea –publicado en 1949– *Dos etapas del pensamiento hispanoamericano* (Jaramillo Uribe, 1964/1982, p. 400) y, luego, en dos ensayos de enfoque similar Jaramillo Uribe publica sus “Etapas de la filosofía en la historia de Colombia” (1960) y sus “Tres etapas en la historia intelectual de Colombia” (1968) (Jaramillo Uribe, 1977, pp. 33-52 y 105-129). Además de las fuentes primarias constituidas esencialmente por las obras originales de una selección de los principales intelectuales colombianos del siglo XIX, Jaramillo Uribe fundamenta *El pensamiento colombiano en el siglo XIX* con una variedad de textos provenientes esencialmente de la historia, la filosofía y la sociología.

Como bien señala Silva (2016), uno de los referentes de Jaramillo Uribe para estudiar la evolución de las ideas políticas en general y de la Ilustración en particular fue el filósofo alemán neokantiano Ernst Cassirer (p. 15), Silva (2016) anota también el abundante uso que presenta la obra de títulos traducidos del alemán y editados por el Fondo de Cultura Económica en México, especialmente en la década de 1940, en buena medida por los exiliados republicanos de la Guerra Civil Española (pp. 15-16). Podemos agregar que por el lado sociológico en *El pensamiento colombiano en el siglo XIX* aparecen citados y asimilados autores alemanes como Max Weber, Karl Mannheim (fundador de la sociología del

conocimiento), Ernst Troeltsch (uno de los fundadores de la historia y sociología de la religión) y Max Scheler (conocido por su sociología de los valores). Sin embargo, desde nuestro punto de vista, no puede olvidarse la cantidad de traducciones del alemán y obras propiamente españolas que utiliza Jaramillo Uribe tomadas de la *Revista de Occidente* liderada por el filósofo madrileño José Ortega y Gasset.

Cataño (2017) también menciona someramente la lectura de literatura científica alemana por parte de Jaramillo Uribe (pp. 79-80). Sin embargo, en los casos de Silva (2016) y Cataño (2017), no se da la importancia necesaria a las publicaciones de entreguerras que en cierta forma caracterizan la generación de Jaramillo Uribe, en especial su gusto por la sociología y la filosofía alemana, línea que va pasando a segundo plano por la victoria Aliada en la Segunda Guerra Mundial, asunto que se refleja en los gustos sociológicos de los años sesenta más orientados a la sociología y a la filosofía francesa y americana. Otro de los referentes en historia de las ideas y contemporáneo que muestra un abundante uso de literatura científica en lengua alemana, incluyendo en sus análisis a autores como Carl Schmitt, Otto Brunner o Oswald Spengler, fue el chileno Mario Góngora (1915-1985) (Góngora, 2003). Efectivamente, no son nada gratuitas las constantes referencias, también en otros trabajos de Jaramillo Uribe, de autores olvidados hoy como Hans Freyer o Max Scheler cuyas ideas están ausentes en las obras de la llamada “Nueva Historia de Colombia” muy a pesar del papel jugado por Jaramillo Uribe en este movimiento de renovación historiográfica. La diferencia generacional se advierte en este tipo de afinidades electivas que fácilmente podían transitar entre obras de autores de la llamada Revolución Conservadora Alemana y obras de la Escuela Neokantiana de Marburgo, en cierta forma la visión de la generación de los años

sesenta nubla la comprensión de la generación formada en el periodo de entreguerras.

Otros textos que reseñaron el libro mucho antes de Silva (2016) y Cataño (2017) fueron Masur (2016, pp. 124-125) y Melo (1969/1979, pp. 35-38). Masur fue un profesor emigrado de Alemania siendo también docente de historia moderna de Jaramillo Uribe en su paso por la Escuela Normal Superior (1938-1941), su biblioteca era de las mejor dotadas en lengua alemana y Jaramillo Uribe pudo consultar allí las obras de Leopold von Ranke y Friedrich Meinecke, al tiempo que pudo mejorar sus conocimientos en lengua y cultura alemana en los diálogos con Carlota (la esposa alemana de Masur). La reseña la hizo Masur en 1965, cuando ya había abandonado Colombia y residía en los Estados Unidos (Jaramillo Uribe, 2007, pp. 40-41, 81-82 y 131-133).

Ahora bien, bajo el proyecto historiográfico de una historia de las ideas, Jaramillo Uribe estableció su propio método y, por lo mismo, su propia forma de contar y de interpretar las ideas políticas y filosóficas de Miguel Antonio Caro. Hay que decir primero que Caro había sido caracterizado generalmente dentro de la historia política como un gran estadista conservador y un gramático fiel a las reglas de la Real Academia Española; se le conocía comúnmente por sus triunfos y derrotas políticas relacionados con las grandes guerras civiles de las que fue coetáneo y en las que tuvo alguna participación de tipo partidista o sectaria, eventos que se tomaban por fuente de su carácter político doctrinario (Torres García, 1956; Díaz Guevara, 1984). En contraste, Jaramillo Uribe se propone indagar en su libro tres pilares que sostuvieron las polémicas intelectuales colombianas, sin reducir su trabajo a un panfleto político o sectario, a saber: 1. El problema de la herencia española o el asunto de la orientación

espiritual de la nación, 2. La triada Estado, sociedad e individuo, centro de referencias en el que se enfrentaron las ideas liberales y las católicas, 3. Las doctrinas filosóficas que fundamentaban los debates públicos y las argumentaciones políticas. En cada una de las tres partes en que se divide el libro se analizan a los intelectuales más eminentes de las diferentes tendencias de pensamiento que se enfrentaron en el siglo XIX. Bien señala Cataño (2017):

Miguel Antonio Caro se toma el 20% del libro, y si a esto se le suma el espacio dedicado a su padre, los Caro se llevan el 30% de la obra. En esta segunda parte, además del historiador, se advierte en Jaramillo al jurista, al conocedor del derecho natural y del derecho positivo, al experto en constituciones y en asuntos legislativos (p. 76).

Llama la atención que Jaramillo Uribe no mencione entre los escritores políticos trabajados uno de primera importancia como lo fue el conservador Mariano Ospina Rodríguez (1805-1885). En el caso de Miguel Antonio Caro, el trabajo de Jaramillo Uribe lo postula como el gran protagonista y artífice del regreso o revalorización en el campo de las ideas políticas colombianas hacia la tradición española en varios de sus aspectos jurídicos, morales, religiosos y literarios. La presentación de Caro como ferviente hispanista y dogmático católico en Jaramillo Uribe va más allá de la mera descripción superficial de dichas cualidades como terquedades defectuosas o virtudes edificantes. El historiador intenta desentrañar, recurriendo al concepto de “personalidad”, las razones de dichas actitudes y el contexto ideológico (los debates intelectuales) en que se desenvolvieron sus ideas. Debemos señalar que el asunto de la “personalidad histórica”, que Jaramillo Uribe utiliza constantemente, toma ideas del debate sobre la personalidad de España, conocido como el

problema del “ser de España” o de las “dos Españas” (la católica y la liberal) o, incluso, se introduce en el espacio colombiano como participante de una fase del asunto de la leyenda negra, es decir, sobre el problema de la excepcionalidad o no de España ante el conjunto de la Europa moderna y el problema de la “obra de España en América”<sup>4</sup>, discusión que involucró a lo más selecto de la intelectualidad española de los años 1920, 1930 y 1940. Jaramillo Uribe cita sobre esta cuestión una constelación de autores de la talla de José Ortega y Gasset, Miguel de Unamuno, Salvador de Madariaga, Ramiro Maeztu, Américo Castro, Claudio Sánchez-Albornoz, Manuel de Montoliu, Manuel García Morente y Ramón Menéndez Pidal (filósofos, historiadores y filólogos)<sup>5</sup>. Es necesario insistir en esto, pues los análisis de esta obra de Jaramillo Uribe no prestan la atención debida a su lectura de libros españoles, precisamente cuando el autor aborda el problema de la herencia hispánica en América y la leyenda negra española ante la intelectualidad colombiana y sus orientaciones políticas en el siglo XIX, debido a que dicho problema, tratado en sus lecturas de autores españoles, se asemeja al caso de la España

---

<sup>4</sup> En este caso, Jaramillo Uribe (1964/1982) cita la obra *Historia de la leyenda negra hispanoamericana* (1943) del argentino Rómulo D. Carbia (p. 51).

<sup>5</sup> Jaramillo Uribe se vale en especial de los libros: *España invertebrada* (1921) de José Ortega y Gasset, *España y Francia en la Edad Media* (1923) de Claudio Sánchez-Albornoz, *Ingleses, franceses, españoles* (1929) de Salvador de Madariaga, *Defensa de la hispanidad* (1934) de Ramiro Maeztu, *Idea de la hispanidad* (1938) de Manuel García Morente, *El alma de España* (1940) de Manuel de Montoliu, *España en su historia* (1948) de Américo Castro, *Los españoles en la historia y en la literatura* (1951) de Ramón Menéndez Pidal, como se recoge en Jaramillo Uribe (1964/1982, pp. 8-16, 59, 61, 78); Jaramillo Uribe (1977, p. 29).

peninsular tradicionalista católica y su choque con las reformas liberales.

El liberalismo en la España decimonónica propuso una especie de “europeización” peninsular como vía modernizadora o, si se quiere, de secularización inspirada especialmente en el caso revolucionario francés, esto sin descontar (similar a América) las contradicciones internas y las tres guerras civiles que esta transformación histórica produjo en la península, más exactamente la división intermitente entre el norte tradicionalista católico en manos del rey legitimista carlista –Vasconia, Navarra y parte de Cataluña– y el resto del país en poder de la monarquía liberal de Isabel II (Ferrer, 1958; Bullón de Mendoza, 1996). Además, Jaramillo Uribe tiene conocimiento de la historia contemporánea de la España peninsular decimonónica, incluyendo referencias directas a la obra del historiador tradicionalista Marcelino Menéndez Pelayo, clave para entender el pensamiento de Caro, otro rasgo generacional que se echa de menos en los historiadores colombianos posteriores a 1960. Por ejemplo, Silva (2016) enfatiza las lecturas y traducciones provenientes de los exiliados republicanos que huyeron de la “dictadura fascista del general Francisco Franco” (p. 15), pero Jaramillo Uribe cita con frecuencia –sin distingo político alguno– las ideas del ideólogo falangista Pedro Laín Entralgo especialista en Menéndez Pelayo (Jaramillo Uribe, 1964/1982, pp. 52, 62, 86, 326, 340, 389, 393-394).

El mismo Jaramillo, gracias a su introducción al debate sobre la personalidad histórica de España, no se reduce a describir doctrinas de pensamiento, sino que investiga las lecturas de los intelectuales que estudia, pues escudriña la historiografía liberal y positivista europea que los liberales antihispanistas del siglo XIX

(como Sarmiento, Alberdi o los hermanos Samper en Colombia) utilizaron para formar sus prejuicios sobre la gestión histórica de España en América y su caracterización negativa como una “nación atrasada”, imagen que repitieron en la prensa de la época, según Jaramillo Uribe (1954):

La historiografía europea de orientación positivista y liberal del siglo XIX tuvo poca comprensión de la historia en general, y en particular de la historia de España y de su obra en América, pues a la insuficiencia metodológica del positivismo en el *campo de las ciencias de la cultura* se sumaban ordinariamente prejuicios de orden político, religioso y nacional. Y como los historiadores y escritores americanos de las mismas tendencias tenían sus fuentes de formación en los historiadores europeos, sus juicios quedaron casi siempre afectados por los mismos conceptos preconcebidos. Dos historiadores sobre todo contribuyeron a formar los puntos de vista sobre España en las generaciones positivistas americanas del siglo pasado: el historiador alemán Gervinus y el norteamericano Prescott. [...] El juicio negativo sobre la obra de España en América que dominó en algunos sectores hispanoamericanos –por ejemplo, en la obra de los hermanos Samper en Colombia– se apoyaba *no solo en un conocimiento deformado e insuficiente* de la historia de las colonias españolas sino en una *apreciación falsa* de lo que ocurría durante la colonia en las zonas anglosajonas cuya situación solía contraponerse al estado de las españolas [cursivas añadidas] (pp. 8-9)<sup>6</sup>.

---

<sup>6</sup> Como se recoge también en Jaramillo Uribe (1964/1982, pp. 62-63). Jaramillo Uribe hace uso en esas mismas páginas citadas de dos manuales críticos de historiografía para fundamentar su criterio sobre los prejuicios de los historiadores positivistas y liberales del siglo XIX: Eduard Fueter, *Historia de la historiografía moderna vol. II* (1953); George Gooch, *Historia e historiadores del siglo XIX* (1942).

Desde este criterio es que Jaramillo Uribe (1964/1982) puede ver a un Caro libre de lo que considera los “hechizos de su tiempo” (p. 77), expresión nada gratuita como se verá más adelante. Para Jaramillo Uribe, Caro es único –entre los intelectuales colombianos de su tiempo– en tanto asume con auténtico orgullo la ascendencia hispánica de los americanos –lo que llama la fidelidad a la tradición española–, sin ningún complejo de inferioridad ante las civilizaciones anglosajona y germánica que se presentaban en aquella época como las más avanzadas en la técnica, la industria y las ciencias naturales, elementos que fueron considerados por los liberales y muchos conservadores como vitales para el progreso de la civilización hispanoamericana, la que se presuponían no había recibido ningún avance técnico importante por parte de una monarquía “atrasada” como la española, únicamente dedicada a perseguir mediante el Tribunal de la Inquisición toda forma de pensamiento libre y verdaderamente científico moderno. Sin duda la época de Caro se caracterizó por una nueva fase de la leyenda negra española, esta vez liderada no por los viejos enemigos protestantes del imperio español, sino por los liberales americanos. Caro, en cambio, –dice Jaramillo Uribe– ve en España al pueblo providencial que difundió y defendió con más fuerza a la civilización católica, entendiéndola no como el símbolo de la oscuridad irracional, sino como lo más acabado de la armonía perfecta entre fe y razón. Al parecer, Jaramillo Uribe recurre al problema sociológico de las generaciones planteado en Alemania por Karl Mannheim y en España por Julián Marías, de allí que caracterice a Caro en torno al hecho histórico de la conquista de América como un intelectual contrapuesto a los ideales dominantes de su propia generación. Según Jaramillo Uribe (1964/1982):

La comprensión de este hecho histórico de la conquista y colonización de América y el convencimiento de que el espíritu hispanoamericano era más semejante al español de lo que pensaban la mayoría de los legisladores y hombres de gobierno de América, y de Colombia en particular, *colocaban a Caro en continua tensión con sus compañeros de generación*, incluso con los que ideológicamente le eran afines, por lo menos en ciertos puntos de vista políticos [cursivas añadidas] (p. 80).

Tiene razón Jaramillo Uribe sobre ese antagonismo y tensión con los compañeros de generación de Caro, pues incluso con los que ideológicamente le eran afines, pueden comprobarse las polémicas que sostuvo Caro con dos conservadores, Rafael Pombo y José María Quijano Otero, que reaccionaron contra su propuesta de un Partido Católico distinto al conservador y contra su interpretación de la Independencia como una guerra civil entre españoles, cuya ruptura o separación solo fue política más no cultural (Caro, 1962, pp. 753-760 y 859-884; Caro, 1952, pp. 116-144).

Por otra parte, el Caro que nos presenta Jaramillo Uribe rechaza el desarrollo civilizador basado en las técnicas materiales como medio exterior para transformar el espíritu y conducirlo progresivamente hacia el bienestar de una mayoría de individuos que pronto conquistaría el porvenir (es la visión utilitarista de Jeremy Bentham que el liberalismo en su mayor parte acepta), pues para Caro era en las obras del espíritu en las que la civilización extendía su radio, solo en ellas encontraba la grandeza que emanaba de los escritores clásicos latinos y del siglo de oro español, así como en los avanzados juristas hispánicos que forjaron el nuevo derecho de gentes al interior de las universidades españolas. Dice Jaramillo Uribe (1954), “Todos estos elementos de una concepción del mundo le parecían –y en

*realidad lo eran*– contrarios al estilo espiritual español, forma de vida personalista, pero no individualista a la manera del moderno liberalismo [cursivas añadidas]” (p. 60), la frase entre guiones “y en realidad lo eran” es una clara crítica de Jaramillo Uribe, mediante el análisis de la obra de Caro, de las distorsiones que la historiografía liberal y positivista mantiene como prejuicios sobre las formas de vida españolas y católicas que perviven en medio de la modernidad política. Como curiosidad, este mismo párrafo en el libro de 1964 no tiene la frase “y en realidad lo eran” (Jaramillo Uribe, 1964/1982, pp. 78). Comentadores de Jaramillo Uribe como Renán Silva ven con alivio una reconciliación del autor con la tradición liberal, pues parecía emerger una crítica al liberalismo mediante los comentarios empáticos del pensamiento hispanista y católico que hacía el autor sobre la obra de Caro en 1954, esta interpretación de Jaramillo Uribe –en la que además sopesa a Caro y Alberdi– ya había sido rechazada por Rafael Gutiérrez Girardot en Alemania. Dice Silva (2016), “aunque Jaramillo Uribe no oculte su crítica al utopismo de los liberales del siglo XIX, crítica que es propuesta en términos de la propia sociedad que el autor examina, y no de su presente en los años cincuenta del siglo XX.” (p. 19), luego cita Silva (2016) un ensayo de Jaime Jaramillo Uribe, “¿Qué nos queda del liberalismo del siglo XIX?” (p. 19), para después recomendar Silva (2016) al lector:

De manera especial se recomiendan las páginas, 247-248, en donde Jaramillo parece moderar la crítica del liberalismo del siglo XIX que realizó en *El pensamiento colombiano* y reconoce el papel histórico de las doctrinas liberales en el acceso a la modernidad política de la sociedad colombiana (p. 19).

También, Walde Uribe (1997) manifiesta la misma preocupación por la visión crítica al liberalismo que presenta Jaramillo Uribe.

Ahora bien, Jaramillo Uribe explica que en Caro los logros culturales del modo español de vida eran referencia obligada o modelo ejemplar para cualquier nación que aspirara a la más alta civilización en las “ciencias del espíritu”, que es la expresión alemana decimonónica tomada de Wilhelm Dilthey que usa Jaramillo Uribe, muy acorde con su perspectiva de historia de las ideas. Sin embargo, la descripción que da Jaramillo Uribe de Caro toma una posición muy definida cuando manifiesta que sus juicios acerca de la realidad histórica fueron los más avanzados, lúcidos y comprensivos entre sus contemporáneos, esta elevación de Caro sobre los demás intelectuales debido a su sensibilidad histórica expresa directamente la imagen historiográfica propia de Jaramillo Uribe. Esto se observa cuando Jaramillo Uribe dice que Caro se adelantó a los análisis que posteriormente hicieron los historiadores del siglo XX sobre complejos procesos históricos. El caso concreto que presenta refiere a la definición de Caro de la guerra de Independencia hispanoamericana como una gran guerra civil (idea de Caro tomada originalmente de Andrés Bello), que no pudo ser una guerra internacional entre dos naciones diferentes como lo fue la guerra de independencia de España contra los franceses dirigidos por Napoleón. Para Caro, los americanos al compartir la misma lengua y por extensión las mismas costumbres, religión y “el sentimiento español de la vida” de los peninsulares, protagonizaron una lucha fratricida entre una misma civilización, concluyendo que la emancipación política no es equivalente a la independencia cultural, la cual para Caro es imposible al no poder dejar los hispanoamericanos de hablar –y sentir en– la lengua que habían heredado hace más de 300 años. Al respecto, dice Jaramillo Uribe (1964/1984):

*Y acercándose [Caro] a la posición que más tarde han adoptado los historiadores europeos y americanos del Imperio español, pensaba*

que había sido precisamente la ruptura con la tradición española de gobierno intentada con las reformas liberales de Carlos III y sus consejeros, el hecho que vino a precipitar y a justificar el movimiento americano de independencia [cursiva agregada] (pp. 84-85).

Esta era la verdadera causa de la guerra de Independencia y no la Revolución Francesa o los ideales jacobinos que fueron acogidos de manera tardía por los liberales radicales de mediados de siglo. Para Jaramillo Uribe, la conclusión histórica de Caro, independiente de su conservadurismo y de su rechazo a la “modernidad política” (liberal-burguesa), es la más moderna expresión en términos de análisis histórico entre sus coetáneos colombianos. De hecho, en Chile ya había sucedido una confrontación sobre el valor de la herencia hispánica y el estudio de la historia hispanoamericana entre Andrés Bello y José Victorino Lastarria (Colmenares, 1997, pp. 1-15).

Pero lo más revelador para Jaramillo Uribe es que los juicios de Caro son una especie de equivalente decimonónico de los juicios del historiador inglés Cecil Jane que en su libro *Libertad y Despotismo en la América Hispánica* (1929) planteaba las mismas tesis de Caro de manera documentada. Según Jaramillo Uribe (1964/1982):

Caro sostuvo la tesis de que la Independencia había sido una ‘guerra civil’, porque fue un movimiento dirigido casi exclusivamente por criollos o, como decía él, por españoles americanos. *Concordaba con esto con algunos historiadores modernos*, que como el inglés Cecil Jane, han buscado la fuerza impulsora de la independencia americana no en las ideas, y menos todavía en las ideas de la Ilustración, a las cuales Jane solo atribuye una fuerza ocasional, sino en el fondo impulsivo del sentimiento español de la vida [cursiva agregada] (pp. 83-84).

Con todo lo anterior, se aclara la imagen historiográfica de Jaramillo Uribe en su acento sobre los caracteres de la personalidad del actor histórico estudiado, donde por supuesto estos caracteres (como “el sentimiento español de la vida”) se derivan de un proceso histórico subyacente y de larga data que está siendo puesto en cuestión por unos ideales más o menos ajenos a las costumbres de factura hispánica por parte de una concepción de la vida burguesa antiheroica y proclive a una ética utilitarista, lo que explica para Jaramillo Uribe el sentido de la lucha de Caro contra los textos de Bentham como expresión de una sociedad individualista y aburguesada (Jaramillo Uribe, 1954, pp. 59-60; Jaramillo Uribe, 1964/1982, pp. 78 y 291-292). Jaramillo Uribe compara (como ya se dijo, valiéndose de la contraposición entre el personalismo español y el individualismo anglosajón) la concepción española y católica de la vida encarnada en Caro y la concepción anglófila liberal-burguesa de la sociedad propia del argentino Juan Bautista Alberdi, aquí contrapone la idea del “caballero cristiano” tomada del filósofo español Manuel García Morente y la idea del hombre burgués salida de las lecturas de Alberdi de autores positivistas como Herbert Spencer (Jaramillo Uribe, 1977, pp. 20-21).

En nuestro énfasis analítico consideramos que la lectura de libros españoles sirvió a Jaramillo Uribe para complementar sus fuentes venidas de las ciencias sociales practicadas en lengua inglesa, alemana y francesa, esto con el fin de evaluar el problema de la herencia española en el siglo XIX colombiano, como en el caso del citado libro *Idea de la Hispanidad* (1938) de Manuel García Morente. De hecho, el recurso a la intelectualidad española se debe en parte a las polémicas que por varias décadas enfrentaron a varios de sus pensadores en torno a su condición de decadencia imperial después de El Desastre del 98 (Guerra hispano-

estadounidense de 1898 en la que se pierden las últimas colonias). Por otra vía, Betancourt Mendieta señala que la oposición expresada por Jaramillo Uribe entre modernidad burguesa y “sentimiento español de la vida” (“caballero cristiano”) demuestra lo bien que para la época se pudo distinguir (en términos académicos) entre teoría e ideología, dado que en el ambiente marxista más dogmático se hablaba peyorativamente y de manera prefabricada sobre el concepto de “burguesía”, mientras Jaramillo trataba de comprender el desarrollo de la misma desde diferentes puntos de vista sociológicos e históricos. Dice Betancourt Mendieta (2020) que los esfuerzos de Jaramillo Uribe, aunque por otros caminos, fueron similares en rigor académico a los del historiador argentino José Luis Romero, dado que:

El punto de partida de Jaramillo Uribe fue la aclaración de que el ‘hombre burgués’ y las palabras relacionadas tipo: *conciencia burguesa, vida burguesa y burguesía* eran abordadas desde la perspectiva que instauró Werner Sombart en *El burgués* (1913). Esto quiere decir que, a diferencia del uso de esta palabra dentro de las disputas políticas del momento, mediadas por el enfrentamiento de posturas ideológicas, Jaramillo insistía en que esta categoría remitía a una ‘cosmovisión del mundo’ (p. 169).

Y respecto a los reproches que en aquella época le hizo Melo (1969/1979) a su trabajo de historia de las ideas que parecía dejar de lado el problema de lo económico y de las clases sociales en su relación con las ideas de los escritores estudiados, dice Betancourt Mendieta (2020) que:

El señalamiento de estos puntos de divergencia muestra la desavenencia crítica con la que el fundador de los estudios históricos profesionales en Colombia observaba el devenir de la historia profesional en el país. A su vez, dejó en claro un

resquicio por el que se deslizaba el distanciamiento que mantuvieron los alumnos con la obra del maestro (p. 184).

Regresando a las comparaciones de Caro con los historiadores modernos o contemporáneos de su propio intérprete, el autor de *El pensamiento colombiano en el siglo XIX* mantiene el paralelismo con los filósofos de inicios del siglo XX, pues con estas analogías heurísticas sugiere interesantes conexiones mediante las cuales construye su objeto de investigación. Jaramillo Uribe, nos dice que Caro ya había pensado la vinculación entre desarrollo científico occidental y cristianismo, pues a diferencia de sus contemporáneos que limitaban la ciencia a la técnica y la definían como la propiedad de una nación particular (inglesa o alemana), el intelectual católico comprendía que la técnica era apenas una manifestación tangible de las ciencias, las que debían su origen a una forma de pensamiento racional desarrollada por la síntesis que el pensamiento cristiano fue haciendo de la filosofía crítica grecolatina y del monoteísmo judío destructor de ídolos superstitiosos (una visión bastante opuesta al progreso científico como enemigo de la religión, concepción que era moneda corriente en la vulgata ilustrada liberal). Dicha síntesis habría sido difundida por la filosofía escolástica como una verdadera “religión racional” (es decir, en forma teológica) por todos los pueblos de origen latino y germano posibilitando su desarrollo conjunto en diferentes naciones desde los tiempos altomedievales hasta los tiempos modernos de la revolución industrial, según Jaramillo Uribe (1964/1982):

En esto de la relación entre las ciencias y las diferentes zonas europeas de cultura, *la visión histórica de Caro aventajaba a la que tenían la mayor parte de sus contemporáneos colombianos*, pues refería los orígenes de la ciencia a la civilización europea en su conjunto y no a los anglosajones y latinos en particular. Sobre

todo destacaba el papel jugado por el cristianismo en la génesis del pensamiento científico, *idea generalmente aceptada hoy por los historiadores de la cultura* [cursiva agregada] (pp. 88-89).

De allí pasa Jaramillo Uribe a citar a Max Scheler para reforzar su analogía entre las tesis de Caro y el pensamiento filosófico e histórico contemporáneo, lo que demuestra la influencia de la sociología alemana del periodo de entreguerras sobre el historiador colombiano. Para Jaramillo Uribe, Caro representaba una alternativa católica de la modernidad liberal y positivista apoyado en esa síntesis a la vez religiosa y racional, no era ni antimoderno ni retrógrado, su lucha por los modelos clásicos literarios junto con el entendimiento de la relación armónica entre costumbres y lenguaje, fe y razón, era una lucha –utilizando el mismo Jaramillo Uribe un término heurísticamente anacrónico– por las “ciencias del espíritu” y por una fe crítica que abandonaba un fideísmo fanático para compaginarse con las exigencias racionales de su época. Jaramillo Uribe defiende el intento de Caro de actualizar sus pensamientos católicos ante los desafíos provenientes del liberalismo mediante el estudio del tradicionalismo francés de Louis de Bonald y el “cartesianismo cristianizado” de Jaime Balmes (así le caracteriza el propio Jaramillo Uribe) como sus fuentes modernas en política, que combina con las encíclicas papales y algunos de los textos de los Padres de la Iglesia, toda aquella síntesis vista como algo fácil, “[...] sobre todo para un hombre como él *dotado de tan extraordinario poder lógico y sintético* [cursiva agregada]” (Jaramillo Uribe, 1964/1982, p. 292). Después dice Jaramillo Uribe que, por influencia del español Balmes, Caro manifestaba un racionalismo cartesiano *modificado* que lo salvaba de cierto “irracionalismo” del tradicionalismo francés. Aquí, sin embargo, Jaramillo Uribe se equivoca en adjudicar un cartesianismo a Caro,

en tanto claramente el intelectual bogotano busca cuestionar la teoría del conocimiento del padre del racionalismo francés (Caro, 1962, pp. 437-438).

Esta modernidad *sui generis* del católico Caro la expande Jaramillo Uribe al desarrollar una imagen de un intelectual que la historiografía había dejado pasar en el campo de la teoría del lenguaje. De esta manera, presenta una última forma de contemporizar a Caro en la que le otorga un nuevo y polémico contenido a su obra intelectual, pues, a partir de la oposición que hace Caro entre lengua culta y lenguaje popular, entre uso culto como idioma reglado y uso vulgar como fenómeno arbitrario, afirma Jaramillo Uribe (1964/1982):

Esta contraposición de conceptos *lengua* y *lenguaje*, de que hacía uso Caro con tanta propiedad en 1881 [...] vino a constituir más tarde el eje de los *problemas de la lingüística moderna*. Bajo otra terminología, pero refiriéndose al mismo fenómeno, la encontramos *formando la base* de las teorías lingüísticas de Ferdinand de Saussure [cursivas añadidas] (pp. 386-387).

Aunque se podría argumentar, a favor de Jaramillo Uribe, que Caro conocía las obras de los filólogos histórico-comparatistas que dieron origen a la lingüística moderna como Franz Bopp, Friedrich Diez y August Friedrich Pott mediante Rufino José Cuervo y gracias a las cartas de Ezequiel Uricoechea, asunto que consta en sus epistolarios (elemento concreto que no aparece en este tipo de historia de las ideas) (Romero, 1976, pp. 58-59 y 280-287). Sin embargo, no deja de ser una analogía heurística arriesgada el colocar a Caro como precursor del semiólogo suizo Ferdinand de Saussure. Este carácter moderno de Caro en su recepción de las ciencias del lenguaje, insinuado por Jaramillo Uribe, Saldarriaga Vélez (2008) lo desarrolló décadas después con detalle y en un nivel de crítica epistemológica.

Con este contexto mínimo sobre el hispanismo, las ideas sobre la historia y la teoría del lenguaje de Caro proporcionadas desde la imagen historiográfica de Jaramillo Uribe, de un Caro moderno en materias de “ciencias del espíritu” pero fiel al “sentimiento español de la vida”, podemos ahora analizar otras imágenes historiográficas y sus formas de disponer su objeto de estudio, partiendo de los mismos puntos tocados por Jaramillo Uribe sobre Caro (hispanismo, historia, lenguaje), sin entrar en muchos detalles referentes a los hechos históricos concretos alrededor de la vida del objeto de dichas interpretaciones.

### 3. Miguel Antonio Caro y sus estudiosos del Instituto Caro y Cuervo: un humanista integral en el siglo XIX colombiano

La imagen de hombre renacentista y de humanista de corte latino toma fuerza historiográfica en *El latín en Colombia. Bosquejo histórico del humanismo colombiano* (1949) de José Manuel Rivas Sacconi, quien en un rastreo que va de la Conquista (siglo XVI) hasta la época republicana (siglo XX) menciona que los cronistas y conquistadores eran humanistas renacentistas, siendo Caro la cumbre de dicha tradición. La parte dedicada únicamente a Caro fue publicada originalmente en Rivas Sacconi (1947, pp. 117-170). En este sentido, en tal retrato historiográfico no hay ningún rastro de “oscurantismo” o “medievalismo”. En palabras de Rivas Sacconi (1949/1993):

Si en la múltiple personalidad de Miguel Antonio Caro quiere buscarse un carácter preponderante, como cifra y resumen de todos los que la integran, no será difícil concluir que este es su humanismo, el cual es condición principal de su espíritu, entrada de todo su saber, campo en que florecen su labor intelectual y

literaria, en que nace y se explica la variedad de sus aptitudes y actividades. Su existencia misma, repartida entre la investigación y la tribuna, el periodismo y la cátedra, la familia y el poder, es espejo de humanismo: en él alcanza la plenitud el tipo del hombre de letras y gobierno, de ascendencia romana y cuño renacentista, que entró con el fundador Quesada a estas comarcas, en las cuales nunca ha carecido de continuadores. No sin fundamento se ha dicho que Caro fue un hombre del Renacimiento, porque su temple, sus inclinaciones, propósitos y actitudes lo acercan a los grandes humanistas (pp. 409-410).

La contraposición ante la imagen historiográfica de un Caro interpretado como un humanista renacentista vendrá por dos vías, ambas asociadas a una visión progresista de la historia: 1. una sociológica marxista con visos hegelianos de Darío Mesa Chica; y, 2. otra filosófica afín al neokantismo de Rubén Sierra Mejía. Más adelante ahondaremos en estas dos aproximaciones historiográficas, por ahora limitémonos al contraste que se desprende de la opinión del crítico literario Gutiérrez Girardot (2005) sobre el intento de estudiar una supuesta tradición de “humanismo colombiano”, quien a propósito del texto de Rivas Sacconi, indicó que:

Sin duda la mucha literatura edificante escrita en latín tiene que ver bastante poco con el 'humanismo' en sentido europeo (¿y hay acaso otro sentido?), y sí, en cambio, mucho con la formación de un 'ethos ultramundano' sobre la base de una escolástica más o menos ortodoxa (p. 24)<sup>7</sup>.

---

<sup>7</sup> Dicho artículo de Gutiérrez Girardot fue publicado originalmente en el periódico *El Tiempo* del 27 de enero de 1963. Dicho sea de paso, Rubén Sierra Mejía, creador de la tercera imagen historiográfica del tríptico de este artículo, dedica un artículo encomiástico al mencionado ensayista colombiano en Sierra Mejía (2005, p. 128).

Por su parte, el filólogo y gramático Rafael Torres Quintero en su libro *Caro, defensor de la integridad del idioma* (1979), interpreta a Caro como la tercera figura de la triada hispanoamericana más autorizada en materias de lenguaje y de lengua española. Dice Torres Quintero que Andrés Bello, Rufino José Cuervo y M. A. Caro son los tres pilares que todavía los expertos en gramática y filología del siglo XX hispanoamericano usan de referencia en las discusiones más espinosas. Valga mencionar en este punto, la opinión de López Jiménez (2008), quien despacha la imagen historiográfica sobre Caro propia del Instituto Caro y Cuervo en un breve párrafo, en el que destaca el tono laudatorio respecto a uno de los pilares que da nombre a la institución y que pretenden inscribir en la historia de la ciencia lingüística como un aporte colombiano,

Estos trabajos terminan siendo repeticiones de las frases de Caro, loas de diverso acento y comparaciones con gramáticos, filólogos, y otros estudiosos de las lenguas, en particular el español, con el fin de ver el lugar de Caro en la historia de estos saberes (López Jiménez, 2008, p. 41).

Lo interesante es que Torres Quintero señala que, de los tres grandes estudiosos hispanoamericanos de la lengua antes mencionados, Caro ha sido el menos estudiado en su aspecto lingüístico, mucho se ha dicho de él como político y como gramático pasando por alto la unidad de su pensamiento. Para Torres Quintero (1979), aunque su énfasis es el Caro preocupado por los asuntos del lenguaje, le molesta que se haya creado una imagen múltiple del intelectual bogotano, como si hubiese muchos y distintos Miguel Antonio Caro:

No se justifica la parcelación de su pensamiento, como frecuentemente se ha hecho, ni estudiarlo fraccionariamente con referencia a cada una de las actividades en que brilló su

extraordinario talento. Hablar independientemente del filósofo, del jurista, del poeta, el historiador o el filólogo, como si en él hubieran convivido muchas personalidades notables, si bien tiene alguna justificación como método, es exponerse a exhibir una figura de dilettante que espiga en todos los campos sin profundizar en ninguno (Torres Quintero, 1979, p. 11).

Torres Quintero (1979) interpreta diversos episodios intelectuales de la vida de Caro al asignarle el concepto unificador de “humanista integral” (p. 10), con esta figura se puede explicar el hecho de que Caro trabajara en diferentes áreas del conocimiento sin caer en un superfluo dilettantismo, pues logró iluminar a sus contemporáneos y a la posteridad. Pero la profundidad de su labor, afirma Torres Quintero, alcanza la integración debido a que todos sus conocimientos (literarios, filológicos, jurídicos, filosóficos, teológicos) son un medio para alcanzar un fin ético y moral, dice Torres Quintero (1979):

Caro en una palabra era un hombre ético. Derecho, política, religión, ciencia, lengua y cultura, eran para él únicamente medios de regular la conducta. [...] Esa norma ética casa además con su posición de católico convencido [...] con una *base de tipo renacentista* y erudito a quien interesan los valores fundamentales y permanentes (p. 12).

Como vemos, la imagen historiográfica que elabora Torres Quintero de su referente tiene como fin transformarlo, siguiendo la línea de interpretación difundida por Rivas Sacconi, en una especie de “humanista renacentista” que reaparece en el siglo XIX colombiano. Al parecer el origen de la interpretación de Caro –que en Torres Quintero tiene como fuente a Rivas Sacconi– como un humanista del renacimiento fue propuesta por vez primera en los comentarios del seguidor y alumno de Caro, Marco Fidel Suárez (1941, p. 316); lo que contrasta sobremanera con el Caro

oscurantista, inquisitorial y papista perseguidor del libre pensamiento, presente, como veremos, en otras aproximaciones historiográficas de corte más liberal. En suma, el Caro filólogo y gramático, encuadrado en una idea de “humanista integral”, se caracteriza por su defensa de la unidad del idioma frente a la dispersión dialectal. Dicha aproximación la construye Torres Quintero sobre fuentes propias del campo de la historia de la lengua y la literatura castellana, así como en textos sobre la estructura gramatical del idioma o disquisiciones ortográficas, sintácticas, métricas y lexicográficas. Algunas de las fuentes guía especializadas citadas por Torres Quintero para construir su interpretación son: Ramón Menéndez Pidal, *La unidad del idioma, en Castilla, la tradición, el idioma* (1945), Diego Catalán Menéndez-Pidal, *La escuela lingüística española y su concepción del lenguaje* (1955), B. E. Vidos, *Manual de lingüística románica* (1968), Jean Perrot, *La linguistique* (1963) y Don Manuel Criado de Val, *Fisonomía del idioma español* (1964), este es el fundamento bibliográfico que en parte sustenta la faceta gramatical y filológica que Torres Quintero pretende destacar de Caro en su libro.

Igualmente, Torres Quintero va más allá, acercándose parcialmente a Jaramillo Uribe (quien interpreta a Caro no como un humanista renacentista, sino como un católico hispanista adaptado a los retos del siglo XIX) cuando coloca a Caro como uno de los precursores de la lingüística general en el siglo XIX colombiano, en tanto no lo retrata como un retrógrado antimoderno, sino como un pionero de las ciencias modernas del lenguaje. De este modo, sostiene Torres Quintero (1979) que los principios de Saussure sobre lengua y habla, la fusión en el signo lingüístico de significante y significado, el estudio diacrónico y sincrónico del lenguaje, “fueron entrevistados y aun casi formulados por Caro” (p. 29). Pero a diferencia de Jaramillo Uribe y su

enfoque de historia de las ideas que no se ocupa tanto de las relaciones epistolares o los intercambios bibliográficos, el filólogo Torres Quintero explica la relación concreta de Caro con las obras de los alemanes que consolidaban el paradigma histórico-comparativo en la filología de corte indo-europeísta, menciona la correspondencia epistolar entre Caro y Cuervo en la que este dice remitirle al primero libros alemanes traducidos al francés (Caro no leía alemán, aunque sí dominaba el inglés) referidos a los últimos estudios en lingüística moderna. Según Torres Quintero (1979):

Su admiración por este minucioso trabajo de ‘paleontología lingüística’ no provenía seguramente de conocimiento directo de los autores alemanes que lo realizaron, [...] Su información en todo caso es tan completa, como era posible en su medio, así fuera obtenida a través de traducciones inglesas o francesas que sus correspondientes europeos le enviaban [...] Lo cierto es que logró empaparse como el que más de los resultados de la investigación en el viejo continente, superando la dificultad que supone el aislamiento de una ciudad como la provinciana capital de Colombia en el último cuarto del siglo XIX (pp. 18-19).

Andrés Jiménez Ángel ha hecho recientemente una crítica historiográfica a esta imagen histórica heroica y legendaria que la historiografía lingüística y filológica ha creado en torno a la adopción de la ciencia del lenguaje moderna por parte de los que denomina “intelectuales gramáticos” colombianos (en buena parte, podemos agregar, ha sido también un relato oficial sostenido en la revista *Thesaurus* del Instituto Caro y Cuervo). En su investigación nos explica que fue en la época del mismo Caro en la que sus propias obras, publicaciones y redes intelectuales sirvieron como medio de importación y transferencia cultural de esta nueva ciencia, fue allí mismo el lugar de adaptación y

aclimatación de la convención historiográfica europea (denominada como la *fable convenue* o la fábula convenida, el relato oficial) que propugnó una ruptura en el estudio del lenguaje mediante el método científico histórico-comparativo, lo cual en Colombia terminó sirviendo de elemento de legitimación retórico para el contraproyecto conservador de construcción nacional, gestado mucho antes de la Regeneración desde fines de la década de 1860. Por lo menos, este uso político y estratégico de la ciencia del lenguaje como objeto cultural, útil contra los proyectos intelectuales de los gobiernos liberales, fue muy directo y claro en los casos de Caro y Marco Fidel Suárez (Jiménez Ángel, 2018, pp. 15-52 y 217-280). Aunque el trabajo de Jiménez Ángel peca de convertir las investigaciones de los “intelectuales gramáticos” en una “estrategia de posicionamiento” que presupone una intención previa de dominar e instrumentalizar a las masas o a sus adversarios políticos, lo que distorsiona el sacrificio de estos actores por aclimatar la nueva ciencia, distinto es si se considera como un resultado social y político de su trabajo cultural y de sus polémicas intelectuales, asiste la razón a Silva (2020, pp. 295-296) en esta crítica en particular.

Ahora bien, con el fin de aclarar nuestras comparaciones entre una evidente pluralidad de aproximaciones historiográficas a la vida y obra de M. A. Caro, es interesante anotar que el filólogo Rafael Torres Quintero cita en sus trabajos la obra de los años cincuenta del historiador Jaime Jaramillo Uribe, con la que parece discutir desde su posición de creador de una obra posterior (mismo diálogo que encontraremos con el filósofo Rubén Sierra Mejía y otros autores). Todo lo que refuerza que una imagen historiográfica no necesariamente tiene que ser elaborada por un historiador de profesión al cuestionar, como dice el mismo Torres Quintero, la multiplicidad de imágenes dispersas producidas en

torno a un mismo actor histórico. Por las mismas razones, es necesario recordar a un integrante clave del equipo del Instituto Caro y Cuervo, al editor y estudioso Carlos Valderrama Andrade, principal divulgador de las obras de M. A. Caro.

Valderrama Andrade es quizá el mayor estudioso de los papeles de Caro, sus fuentes son las de su archivo personal (ahora en Yerbabuena en el Instituto Caro y Cuervo), de su biblioteca personal (hoy el Fondo Caro de la Biblioteca Nacional de Colombia) y de su vasta obra periodística. En su trabajo editorial, Valderrama ha publicado diversas series que, según su concepto sobre el tipo de intelectual multifacético que representa Caro, se dividen en: escritos políticos, literarios, filológicos, jurídico-constitucionales, filosóficos y pedagógicos. Las elecciones de Valderrama Andrade de compartmentar la obra cariana no son arbitrarias: sobre las cuatro primeras divisiones no hay mucha discusión, pero las dos últimas son un verdadero debate historiográfico. En lo literario-filológico, Valderrama se adscribe al concepto de “humanista” de Rivas Sacomni y Torres Quintero, en lo jurídico-político se forjó la imagen de hombre público y dado a las disputas políticas, aunque hay varias formas de caracterizar ese rol de Caro. El problema viene por una pregunta que figura en varias aproximaciones historiográficas: ¿era Caro un verdadero filósofo? y ¿se pueden considerar varios de sus textos como ejercicios pedagógicos o apologético-retóricos?

Valderrama Andrade mismo, al clasificar los textos carianos, ha fomentado el debate. En su estudio preliminar de las *Obras* –tomo I– publicadas en 1962, Valderrama Andrade dialoga con varias interpretaciones construidas desde diferentes corrientes historiográficas (Valderrama Andrade, 1962, pp. xx-xxxiii). En dicho estudio presenta una especie de trípode que representa tres

aspectos de un mismo personaje, a saber: Caro y la filosofía, Caro y la religión, Caro y la educación. En el primero, Valderrama Andrade discute esencialmente con Luis López de Mesa y su aproximación biográfica con tintes positivistas (López de Mesa, 1944), pues no comparte la idea peyorativa del biógrafo destinada a reducir el pensamiento de Caro a una mera doctrina que se mantuvo tercamente en prácticas medievales (desfigurando lo propiamente medieval y desconociendo las orientaciones de Caro tomadas de sus contemporáneos). Sin embargo, el mismo Valderrama Andrade no considera a Caro un filósofo de pleno derecho que practicara la duda y creara después grandes sistemas. Aunque en general concuerda con Jaramillo Uribe, Valderrama Andrade rechaza el tomismo y el cartesianismo que le adjudica con alguna vehemencia el historiador de las ideas políticas colombianas, más bien las aproximaciones filosóficas carianas obedecen a una obra esencialmente periodística y apologética, no solo dirigida a defender los dogmas, sino también para expandir la moral cristiana al campo político y público mediante la lucha publicística católica (Valderrama Andrade, 1962, pp. xxxiv-xxxv). Incluso Valderrama Andrade no concuerda con Rivas Saconni al poner como centro de su persona el humanismo latino, sino que el mayor editor de la obra cariana propone que es el hombre religioso el que da sentido al Caro educador en materias morales y al Caro filosófico en materia de argumentación apologética en defensa de la visibilidad de la Iglesia. Valderrama Andrade reconoce el gusto retórico de Caro como un gimnasio de la razón y rechaza caracterizarle como una especie de sofista político o un demagogo de la reacción (Valderrama Andrade, 1962, pp. xxv). Este último punto es clave, pues lo que es coherencia lógica en la argumentación cariana para Jaramillo Uribe y retórica al servicio de una defensa racional y

sincera de la moral cristina en la vida pública para Valderrama Andrade, es más en la ‘imagen’ historiográfica de Rubén Sierra Mejía un uso estratégico de la gramática y del sofisma para garantizar forzosamente ante sus adversarios políticos un tipo de coherencia ideológica y dogmática que no existe en la realidad concreta (‘imagen’ que veremos a continuación).

#### 4. “Miguel Antonio Caro y la cultura de su época”, la aproximación filosófica de Rubén Sierra Mejía: Caro y la Regeneración una “modernización sin modernidad”

La siguiente y última aproximación historiográfica proviene del libro colectivo *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época* (2002), la obra fue resultado de las memorias del primer seminario de la “Cátedra de pensamiento colombiano” de la Universidad Nacional de Colombia, cuya primera versión estuvo dedicada al estudio crítico de Miguel Antonio Caro, en el que se interpreta la trayectoria intelectual y política de Caro. En este punto, nos centraremos en el análisis que hace el filósofo y director de la obra Sierra Mejía (2002, pp. 9-31), el cual –dicho sea de paso– es totalmente contrario en muchos puntos al de Jaramillo Uribe. Sin embargo, cabe aclarar que, a pesar de la diversidad de enfoques del libro, existen dos elementos transversales: el primero es el consenso sobre la época (la Regeneración) como la manifestación de una “modernización sin modernidad” y el segundo es una cierta inclinación por hacer un diagnóstico desde el presente de lo que dejó el legado político, económico e intelectual de Miguel Antonio Caro como principal protagonista de aquella época. Puede afirmarse que dos fuentes guía sirven directa e indirectamente a esa tesis transversal de una “modernización sin modernidad” del

libro dirigido por Sierra Mejía, la primera tiene su raíz en el libro del filósofo kantiano Rubén Jaramillo Vélez, *Colombia: la modernidad postergada* (1994), la segunda son las conferencias dictadas en el año 1990 por el sociólogo marxista Darío Mesa Chica sobre Caro, Núñez y la Regeneración, editadas y publicadas en 2014. Esta obra, aunque publicada posteriormente, es producto de un seminario de posgrado de sociología en la Universidad Nacional de Colombia en Bogotá titulado el “Pensamiento de Miguel Antonio Caro”, mismo año en que Valderrama Andrade publica el primer tomo de los *Escritos políticos* de Caro, edición de la que se vale totalmente Mesa Chica. Tanto Jaramillo Vélez como Mesa Chica han sido académicos –al igual que Sierra Mejía– de la Universidad Nacional de Colombia en Bogotá.

Ahora bien, por una parte, con Jaramillo Vélez se tiende a considerar “postergada” la experiencia de la modernidad debido al uso y al abuso del catolicismo político en las materias educativas y científicas que se desarrollaron en el interior de la sociedad colombiana. De algún modo, si nos acogemos a la crítica de Jaramillo Uribe (1954, pp. 8-9) sobre los prejuicios historiográficos propios de los hermanos Samper en Colombia o de Alberdi y Sarmiento en la Argentina, esta visión de Jaramillo Vélez está anclada a la tradición liberal y positivista historiográfica que se inclina desde el siglo XIX por una visión negativa de la obra de España (o, quizá mejor, de la monarquía católica española) en América (Jaramillo Vélez, 1994, pp. 3-50). Asimismo, la tesis de Rubén Jaramillo Vélez sobre la Regeneración y la obra de Caro como una “modernización sin modernidad” es combatida directamente por la perspectiva historiográfica posmoderna de análisis del discurso adoptada por varios de los miembros del Instituto Pensar de la Universidad Javeriana (López Jiménez, 2010, pp. 209-222).

Por otra parte, con Mesa Chica se enfatiza el carácter apologético y antihumanista de Caro debido a su dogmatismo religioso (a diferencia de Rivas Sacconi no es un humanista renacentista y sí un cruzado dogmático del periodismo católico), pero al tiempo, este sociólogo analiza su alianza con el positivista Núñez (aquí rompe con el lugar común de Núñez como un tránsfuga del liberalismo) como un hecho político que modernizó institucionalmente el Estado y contuvo parcialmente la circulación de ideas liberales radicales en la sociedad. Para Mesa Chica (2014), después de las reformas liberales en lo económico, el paso decisivo hacia la construcción de una “nación moderna” se dio con la creación del Estado unitario de la Regeneración liderado por Caro y Núñez, incluyendo su nueva política monetaria y de banca pública, dice, “[...] como redactor del proyecto de la Constitución de 1886, se propuso, ideológicamente, realizar un Estado cristiano, pero se aproximó, realmente, a un Estado burgués” (pp. 87-116).

Con estas bases y precedentes se puede decir que Sierra Mejía (2002) abre el libro con el examen de los argumentos filosóficos de Caro<sup>8</sup>. La intención de Sierra Mejía es determinar en qué tipología

---

<sup>8</sup> Valga anotar que el libro colectivo dirigido por Sierra Mejía (2002) sobre Caro, puede agruparse en tres partes: 1. una mayoría de capítulos influidos por los lugares comunes de la historia de la filosofía que suscriben la misma imagen de un Caro religioso y dogmático atado a la Regeneración que es la causa de la postergación de la modernidad (Rubén Sierra, Lisímaco Parra, Rodolfo Arango, Leonardo Tovar), 2. capítulos centrados en el contexto histórico y la cultura de la época (en el que se habla del estado de la ingeniería, la medicina, la imprenta, la caricatura, el territorio y la geografía), en el que Caro no es el eje del asunto, pero que tienden a adjudicarle su papel como parte esencial del autoritarismo y ultraconservadurismo de la Regeneración (Fernando Cubides, Clara Helena Sánchez, Diana Obregón, Beatriz González, Sergio Echeverri), 3. (continúa)

de pensadores se le puede encuadrar, con lo que se puede trazar – dice el filósofo– su personalidad intelectual y así comprender mejor la herencia que su pensamiento dejó en el presente (todavía se utiliza el recurso a la “personalidad” de Caro para analizar su carácter intelectual y político). Del mismo modo, Sierra desde el inicio comienza hablando de adelante hacia atrás y aduce que, hasta el año de 1930, con la llegada de la República Liberal, las ideas de Caro dominaron la dirección cultural que experimentó Colombia por más de cinco décadas. El método deductivo de Sierra Mejía (2002) define su misma crítica, empieza por las consecuencias que deduce de lo que vivió el país en buena parte del siglo XIX y que define como:

La herencia que dejó, como indiscutible líder intelectual –más que como conductor político–, produjo una cultura cerrada, de corte autoritario, sometida a la orientación del clero católico, una cultura que tuvo el resultado de sepultar el *espíritu vigoroso* que se respiró en un largo periodo de nuestra historia [cursiva añadida] (p. 9).

El adjetivo “vigoroso” se infiere que lo aplica Sierra Mejía al espíritu revolucionario del periodo liberal de mediados del siglo XIX, valga decir que también es editor de otro libro sobre el radicalismo liberal colombiano (Sierra Mejía y Quintana Porras, 2006). Aunque habla de los desgraciados momentos en que ese

---

capítulos que complejizan el rol de Caro y de la misma Regeneración mostrando una mezcla de elementos liberales y modernos con el catolicismo militante y con el desarrollo económico (Marco Palacios y Salomón Kalmanovitz). Hay excepciones a estos tres grupos que, como señala López Jiménez (2008, pp. 41-68), intentan estudiar la lógica interna de los argumentos de Caro sin precipitar una condena anticipada sobre su pensamiento (Adolfo León Gómez y, parcialmente, David Jiménez Panneso).

“espíritu vigoroso” de nuestra historia tocó la anarquía y exageró las posiciones libertarias, no le da nombre ni lo define en una categoría determinada, pareciera que cierta esencia de ese “espíritu vigoroso” que alguna vez estuvo envasado en el partido liberal decimonónico le inspirara nuevos argumentos para combatir a su sepulturero, pues, de hecho, fiel al método filosófico que profesa, expresa clara y distintamente el pensamiento ideológico de Caro, pues Sierra Mejía (2002) lo clasifica como típicamente “conservador”:

Es un ideario que obedece a las *tipologías clásicas del conservadurismo en general*: papel de la Iglesia como sociedad perfecta y modelo para cualquier sociedad civil; necesidad de conservar la jerarquización social y los privilegios que esta conlleva; origen divino de la autoridad; supeditación de los conceptos de libertad y derechos al de autoridad; negación de la perfectibilidad del hombre, etc. Y, lo agrego aparte porque a este aspecto debo referirme ahora, un *espíritu restaurador*, cuando en la historia inmediata se han dado procesos sociales y políticos que han ido en contra de aquellos ideales de sociedad perfecta [cursiva añadida] (p. 27).

De ahí que, aclaradas las ideas negativas y reactivas que sepultaron al pensamiento libre, se puedan inferir por oposición los elementos positivos (liberales) que se perdieron en el proceso de consolidación de las cincuentenarias consecuencias de la herencia cultural y política de Caro (larga noche que encuentra su fin en 1930). Sierra Mejía (2002) manifiesta que el control dado a la Iglesia para censurar y limitar la difusión de las ciencias naturales y de la filosofía secular fue, “La consecuencia más nociva del magisterio ideológico de Miguel Antonio Caro” (p. 28), no hay como en Jaramillo Uribe ninguna consecuencia que impacte a las “ciencias del espíritu” por medio de la obra de Caro.

Sierra Mejía resume la labor antimoderna del intelectual católico usando un eufemismo irónico que denomina el “espíritu restaurador” de Caro, pero en realidad se refiere a la sombra que dejó su “espíritu retrógrado” hasta la llegada del liberalismo al poder en la década de 1930, según Sierra Mejía (2002):

Al comienzo de este ensayo me atreví a afirmar que la herencia que dejó Caro fue la de una cultura cerrada, que no se atrevía a mirar por fuera de su propia tradición, en la que la Iglesia católica imponía el cauce de su desenvolvimiento, *cauce que seguía un curso contrario al del pensamiento moderno*. Fue la dirección cultural en que vivió Colombia durante buena parte del siglo XX, y que *no le permitió sincronizar los relojes con los de los grandes centros de producción de conocimientos y de arte* [cursiva añadida] (p. 28).

Uno de los elementos que opone la imagen historiográfica de Caro elaborada por Sierra Mejía con la imagen de Jaramillo Uribe (aunque sin contradecirlo explícitamente a pesar de citar muy escasamente a su predecesor historiador) es que no considera que su hispanismo y su cristianismo combinados con sus teorías sobre el lenguaje –en plena frontera con las ciencias lingüísticas– sean motivo alguno de modernidad, dice Sierra Mejía (2002):

Análogas consideraciones pueden hacérsele en relación con su hispanismo. También este lo entendió como una poderosa *arma defensiva frente a las amenazas del pensamiento moderno* [...] Ese estudio [la filología] lo convirtió en una ideología que se propuso cerrar las fronteras lingüísticas de nuestra cultura –y en general de la latinoamericana–, con el argumento de que esta era simplemente parte de la que se había producido y se seguía produciendo en España [...] debo recordar que esta posición era su respuesta a quienes se constituyeron en críticos de esa tradición y abogaban porque Colombia se abriera a la *influencia*

*de otras culturas como la inglesa y la francesa* [cursiva añadida] (p. 29).

En contraste, la imagen historiográfica de Jaramillo Uribe (1964/1982) propone que:

En ningún momento llegó a pensar [Caro] que los ideales del mundo anglosajón pudiesen ser superiores a los hispánicos y que por lo tanto pudiesen o debiesen reemplazar a los que constituyen la esencia de la tradición latinoespañola. *Pudo mantener con toda consecuencia a través de su vida este punto de vista porque no sucumbió al halago de ninguno de los hechizos de su tiempo* [la cursiva es añadida] (p. 65).

El cierre de las fronteras lingüísticas habría que repensarlo en tanto Caro tradujo a poetas ingleses y franceses como Longfellow, Byron, Sully Prudhomme y Víctor Hugo. Por el contrario, en Sierra Mejía las influencias inglesas y francesas no son los “hechizos” – que menciona Jaramillo Uribe – en que cayeron los contemporáneos de Caro por cierta carencia de originalidad, como la recepción acrítica de varios liberales criollos de la historiografía positivista europea de su época, sino las fuentes anglo-francesas que había en aquel momento donde se renovaba el pensamiento moderno. Sierra Mejía, contrario a Jaramillo Uribe, circscribe el avance científico positivo a una ética no-confesional (secular) y no a una supuesta moderna comprensión histórica del lenguaje y la tradición (a una síntesis entre ciencia y cristianismo), por tanto, su cronología filosófica considera “anacrónico” el tradicionalismo sostenido por Caro y los gobiernos conservadores subsiguientes que “no le permitió [a Colombia] sincronizar los relojes con los de los grandes centros de producción de conocimientos y de arte” (Sierra Mejía, 2002, p. 28).

Aquí es fundamental la crítica historiográfica que ha hecho recientemente Carlos Arturo López Jiménez al relato oficial de la historia de la filosofía en Colombia, pues Rubén Sierra Mejía (emparejado con Rubén Jaramillo Vélez) retrata como negativo el legado de Caro dada su absoluta antimodernidad y, a su vez, reproduce la idea de un “marco de referencia de la modernidad” que se asocia a un progreso lineal y liberal (poco definido) que, adicionalmente, viene de afuera (Europa y EE. UU.), por lo tanto, las acciones de autores como Caro nos retrasan como periferia para alcanzar la sincronización temporal con aquellos centros extranjeros. El problema que causa dicha interpretación es que crea indiferencia respecto a los textos de cuño católico o que fueron escritos antes de los gobiernos liberales de la década de 1930, pues no se leen “desde adentro” y se juzgan de manera apriorística y bajo una teleología progresista (filosofía de la historia), dice López Jiménez (2018): “Esta imagen de ‘la postergación de la modernidad’, se usa para señalar el estado de ‘atraso nacional’ respecto de un proceso mundial del que ‘habría debido’ participar la filosofía colombiana a lo largo de los siglos XIX y XX” (p. 61).

De hecho, Sierra Mejía (2002) niega cualquier modernidad a las fuentes escritas en las que Caro basó su pensamiento, todas son provenientes de otra época menos de la moderna:

Su opinión la fundamenta en *textos antiguos* como el Nuevo Testamento, en los padres de la Iglesia o en teólogos católicos. Es admirable la soltura con que se mueve dentro de la *cultura romana clásica* que conocía en detalle y la de los *primeros siglos de la era cristiana*. En varias ocasiones, en cambio, mostró, como ya observamos, *su desafecto por el pensamiento moderno*, que consideró siempre como un infundio de las iglesias que se separaron de la autoridad del Papa: el protestantismo y el

anglicanismo. [Lo que sigue es un pie de página inmediato] Las influencias recibidas por Miguel Antonio Caro no son fáciles de identificar. No se lo puede hacer a partir de la frecuencia con que cita a un autor, a Joseph de Maistre o Jaime Balmes, por ejemplo, *pues son solo citas que buscan el apoyo de una autoridad intelectual, no propiamente para sustentar una tesis con argumentos provenientes de esos autores* [cursiva añadida] (p. 20).

Sin duda, Sierra Mejía usa una estrategia discursiva en la que le da contenido a un Caro que emplea sinceramente fuentes de la Antigüedad, pero que cuando emplea fuentes decimonónicas –que podrían considerarse modernas, como De Maistre o Balmes– le descalifica diciendo que las usa por su solo nombre y su conocida autoridad, como mero recurso retórico, pero que no son parte integral de su pensamiento filosófico. Contrastó con el Caro de Jaramillo Uribe (1964/1982), para quien, “a través de la obra de Jaime Balmes” en la que “Santo Tomás y la doctrina escolástica aparecían mezcladas *con elementos racionalistas y empíricos modernos*, sobre todo con el cartesianismo y la escuela escocesa [cursiva añadida]” (p. 253) tomó Caro contacto con aquella modernidad católica balmesiana. En este punto, Sierra Mejía (2002) le considera más bien lo opuesto a Descartes y su lucha por darle un fuero autónomo a las ciencias modernas ante la esfera tentacular propia de la teología, pues “El racionalismo no es para Caro más que una filosofía espuria originada en la soberbia protestante” (p. 16).

El modo como salva Sierra Mejía la evidente inteligencia y resonancia de los escritos de Caro, en el pasado y el presente, se explica por el error en que muchos de sus interesados en historiarle –diríamos los historiadores sin formación en lógica y filosofía– han cometido al crear una relación de congruencia entre el rigor lógico de Caro y sus ideas. De allí que Sierra Mejía

combata la imagen historiográfica de la coherencia de pensamiento de Caro –construida por Jaramillo Uribe–, pues el entrenamiento en filosofía solo lo usó Caro para defender retóricamente cuestiones de fe no discutibles filosóficamente, sino solo teológicamente, su truco era hacer pasar sus argumentos por un rigor científico y filosófico en beneficio de la verdad absoluta de la Iglesia y de la Divinidad. Esto era, según Sierra Mejía, una falacia lógicamente construida, un *sofisma* que esgrimía cuando una verdadera contradicción amenazaba sus dogmas sobre España y la religión católica; por consiguiente, su innegable conocimiento del lenguaje era plenamente instrumental y al servicio de la sofística, dice Sierra Mejía (2002):

Un recurso [la falacia] para el que se sirvió del extraordinario conocimiento que tenía de la lengua española: por medio de un esguince gramatical o un sutil cambio en la significación de un vocablo, *solía introducir la falacia sutil e imperceptible*, y dejar así intacto el dogma que le había servido para afrontar la discusión [cursiva añadida] (p. 11).

En este punto, las fuentes guía de Sierra Mejía no son para nada los historiadores hispanistas (como Cecil Jane) o los sociólogos que estudiaron la religión (como Max Scheller) como ocurre con Jaramillo Uribe, sino el escritor colombiano Baldomero Sanín Cano (Sierra Mejía, 2002, pp. 11-13). El gran polemista que desde su crítica literaria denunciaba la esclavitud a los principios religiosos que Caro y amigos imponían a la literatura, la poesía y la filosofía. Desde esta perspectiva, el liberalismo racionalista de Sierra Mejía, coincidiendo con la libertaria propuesta de Sanín Cano del *arte por el arte* (Jiménez Panesso, 2002), le permite llenar de contenido la imagen de un “Caro sofista” que se empeñaba en forzar la lógica para sostener sus dogmas religiosos irracionales. Sierra Mejía (2002, pp. 10-11) concluye que el pensamiento

irracionalista de Caro hace gala de coherencia ideológica mas no de consistencia lógica.

En definitiva, se percibe el contraste entre Jaramillo Uribe y Sierra Mejía, pues el primero construye una imagen historiográfica en que prima la idea de una personalidad dotada de originalidad mediante una defensa racional de la fe católica por parte de un tradicionalismo que logró adaptarse a los retos de la modernidad filosófica y filológica, mientras que para Sierra Mejía (2002) dicha concepción surge por una cierta ambigüedad confusa:

La ambivalencia con que se lo ha apreciado en la historiografía política y cultural tiene su origen en el reconocimiento de su asombrosa inteligencia por una parte y, por otra, en el rechazo de un pensamiento atado a un dogmatismo a todas luces oscurantista (p. 9).

En este contexto, no es descabellado el juicio de López Jiménez (2008) sobre el capítulo de Sierra Mejía y el grupo de capítulos del libro colectivo que suscribe su tesis de un Caro que bloquea el acceso a la modernidad, dice:

Estos artículos que promueven una lectura que hace énfasis en los aspectos religiosos de los textos de Caro tienen un carácter inquisitivo tan marcado que, respecto a las posiciones ganadas por Jaramillo Uribe en 1963 [sic, 1964], parecen dar un paso atrás (p. 48).

Como advertimos antes, Sierra Mejía se decanta por esta última opción metafórica que describe el dogmatismo de Caro como la herencia negativa y oscura que desincronizó los primitivos relojes del mundo colombiano con los mecanizados relojes propios de los grandes centros de las luces europeas (como Londres o París), además, define a la inteligencia de Caro como un lugar plagado de

falacias retóricas erigido para ocultar sus contradicciones internas.

## 5. Conclusiones

Estas tres aproximaciones historiográficas, y su correspondiente comparación, nos brindan tres imágenes representativas de Caro que han hecho carrera en la historia política e intelectual colombiana, identificarlas teniendo en cuenta las fuentes guía que permiten a un mismo tiempo afinar una búsqueda según una historia de las ideas políticas, una historia cultural y filológica del humanismo colombiano, un diagnóstico filosófico de un legado histórico polémico, nos permite formar un criterio para cotejar qué tanto dichas interpretaciones se han vuelto canónicas y han influido en las investigaciones en torno a la vida y obra de M. A. Caro.

Es justo reconocer que este ejercicio historiográfico nos ayuda a comprender que estas tres aproximaciones historiográficas oscilan en el campo de la discusión de tres grandes tesis: 1. Caro como tradicionalista religioso abierto a la modernidad científica de su época sostenida por Jaramillo Uribe. 2. Caro como un hombre del renacimiento español que combina humanismo con cristianismo, modernidad española con tradición cristiana y romana, difundida por Rivas Saconni y continuada por Rafael Torres Quintero. 3. Caro como postergador y freno de la modernidad filosófica y política en Colombia a pesar de entrar el país en una modernización material finisecular, es decir, Caro como agente de modernización estatal sin aportar modernidad filosófica y científica, aquí son Rubén Jaramillo Vélez y Darío Mesa Chica los autores de referencia para esta tesis que es seguida por Rubén Sierra. Adicionalmente, podríamos señalar, dada la cronología de la aparición de estas tesis, que buena parte de los

textos sobre Caro aparecidos posteriormente se ven obligados a dialogar con estas tres tesis para formar su propia imagen historiográfica sea por oposición o por adhesión a las mismas.

En definitiva, el análisis propuesto en el tríptico, mediante diferentes contrastes textuales y contrapunteos entre los autores estudiados (presentando los textos en su aspecto sincrónico y no solo diacrónico), permite comprender el fructífero diálogo que ha suscitado la imagen historiográfica sobre Caro de Jaramillo Uribe, ya que ha servido de referente indiscutible, muy a pesar de provenir de un enfoque de historia de las ideas poco cultivado en la historiografía colombiana. Por lo tanto, hemos tratado de desentrañar la propuesta de Jaramillo Uribe estudiando su intertextualidad con varias obras de las ciencias sociales de su época, junto con el examen del contexto en el que fue escrita. Cabe resaltar el rigor de Jaramillo Uribe en su versión de historia de las ideas para el caso colombiano, pues varias décadas después y desde la historia de la filosofía se escribió una obra colectiva que se reclamaba pariente de la misma corriente, pero que carece de la fundamentación erudita y de la precisión conceptual de *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, siendo en realidad de divulgación –sin citas ni referencias concretas– y con muchas generalizaciones de brocha gorda (Marquínez Argote *et al.*, 1988). Aquí es clave revisar el breve acápite dedicado a Miguel Antonio Caro, escrito en aquel momento por Tovar González (1988) –quien fuera luego uno de los colaboradores de Sierra Mejía– en el que afirmó de manera lapidaria:

Caro, en cambio, estaba aferrado al pasado, reacio a que el país se acercara a las formas y mentalidad propias del mundo moderno. A través de su influencia educativa, jurídica y política, su hispanismo, su catolicismo y, en fin, su ‘tradicionalismo’ definieron el espíritu nacional bajo una ideología que sirvió de

lastre, no digamos para el surgimiento de las reivindicaciones sociales de los sectores oprimidos de la población, sino para la misma inserción de Colombia en el capitalismo mundial (p. 320).

Betancourt Mendieta (2020) hace también una crítica a este tipo de historia de las ideas resaltando la vigencia y superioridad metodológica de Jaramillo Uribe (p. 172).

Asimismo, puede afirmarse que los trabajos que han forjado las imágenes historiográficas de Rafael Torres Quintero y Carlos Valderrama Andrade (por parte del Instituto Caro y Cuervo) y Rubén Sierra Mejía (con su “Cátedra de pensamiento colombiano” en la Universidad Nacional de Colombia) tuvieron una especie de relación necesaria, sea directa o indirectamente, con la lectura de *El pensamiento colombiano en el siglo XIX* de Jaramillo Uribe, texto que incluso hoy sigue siendo un acontecimiento historiográfico de primera importancia. En efecto, sobre el asunto de que ningún texto puede ser una imagen fija con un significado axiomático, sino que hay que entender a los textos como acontecimientos, incluidos los textos de los historiadores que interpretan la historia, nos dice Pocock (2011) que:

Los textos parecen ser sucesos y hacer historia en dos sentidos. En primer lugar se trata de acciones realizadas en contextos de lenguaje que las posibilitan, condicionan y limitan y que el acto modifica a su vez. Los textos actúan, individual y acumulativamente, sobre los lenguajes en los que se expresan. Al realizar un acto de habla se introducen nuevas palabras, datos, percepciones y reglas del juego. La matriz se modifica, gradualmente o de forma catastrofista, en el mismo momento en que se realiza un acto en su seno. Un texto es un actor en su propia historia y un texto polivalente afecta a una multiplicidad de historias concurrentes (p. 126).

Para próximas revisiones historiográficas, podemos hacer una brevíssima exploración de otros enfoques que han dedicado, si no monografías exclusivas a Caro, al menos algunos artículos y comentarios. En este sentido, tomando como punto de partida las fuentes guía de este tipo de enfoques a través de los cuales podemos identificar qué tipo de historia practican, cómo se contraponen o complementan a las tres aproximaciones ejemplares que hemos expuesto y que consideramos de referencia, y cómo construyen su imagen historiográfica de la obra cariana. Por ejemplo, la imagen de un “Caro nacionalista” tiende a apelar a fuentes guía que se repiten en diversos trabajos sobre el tema como la obra de Benedict Anderson (*Comunidades imaginadas*) y de Eric Hobsbawm (*La invención de la tradición y naciones y nacionalismo desde 1780*), como parcialmente se puede corroborar en la obra colectiva *Nación y nacionalismo en América Latina*, editada por el sociólogo Jorge Enrique Martínez. La imagen del “Caro letrado” que domina y opprime mediante un conocimiento privilegiado de un saber especializado y excluyente va a ser característico de un enfoque poscolonial y se sustenta reiteradamente en lecturas de autores como Ángel Rama (*La ciudad letrada*) y Malcolm Deas (*Del poder y la gramática*), entre los textos de este enfoque historiográfico poscolonial hallamos a Felipe Gracia Pérez (historiador) *Hijos de la Madre Patria. El hispanoamericanismo en la construcción de la identidad nacional colombiana durante la Regeneración (1878-1900)*, también a Erna Von der Walde Uribe (de estudios literarios) con su artículo “Limpia, fija y da esplendor: el letrado y la letra en Colombia a fines del siglo XIX”. Ambos trabajos presentan un enfoque de historia poscolonial –y afín a los estudios culturales– que pretende en su propio léxico desentrañar los mecanismos discursivos de dominación y exclusión producidos por las élites letradas y

políticas (Caro les sirve de arquetipo colombiano). Otro enfoque historiográfico que se autodenomina epistemológico e intenta polemizar con la historiografía política y social colombiana, esto en especial al tomar distancia de la lectura de Sierra Mejía sobre Caro, introduciendo métodos de análisis del discurso foucaultiano que pretenden “despolitizar” las lecturas sobre Caro y su obra (que lo reducen a su papel como “regenerador”) para extraer lo que considera las categorías originales de su pensamiento como un aporte a la historia intelectual latinoamericana, la encontramos presente en los trabajos (varias veces citados en este artículo) de Carlos Arturo López Jiménez (filósofo) del Instituto Pensar de la Universidad Javeriana a cargo del profesor Óscar Saldarriaga (*Algunas facetas del pensamiento de Miguel Antonio Caro*).

Finalmente, mediante este recorrido historiográfico podemos tener conciencia de lo que se echa de menos para lograr una imagen más completa que trate de ir un poco más allá de la historia de las ideas, observando otras dimensiones del personaje como el “Caro librero”, bibliófilo y nodo de una red intelectual (trabajo bastante adelantado por los estudios de Andrés Jiménez Ángel aquí mencionados); de la historia política de los partidos, haciendo énfasis en la transversalidad interpartidista del catolicismo político; de una historia cultural de lo subalterno y poscolonial que convierte a Caro negativamente en uno de los letrados dominadores y opresores de la elitista Academia Colombiana, olvidando su labor pedagógica escolar y universitaria junto con su activismo en las Juventudes Católicas (senda abierta por *Sociabilidad, religión y política en la definición de la nación* de Gilberto Loaiza). También hace falta integrar a Caro en el cuadro de los pensadores de la contrarrevolución católica internacional y resolver el problema de su afiliación

ultramontana más allá de su conservadurismo (Pérez Zapata, 2023, Vol. 2, pp. 567-590), estudiando las abundantes lecturas de periódicos extranjeros que consultaba y los libros que reposaban en su biblioteca privada, hoy Fondo Caro de la Biblioteca Nacional de Colombia (Instituto Colombiano de Cultura, 1973).

## Referencias bibliográficas

- Betancourt Mendieta, A. (2020). *Historia y nación: Tentativas de la escritura de la historia en Colombia*. Editorial Universidad del Rosario.
- Bullón de Mendoza, A. (1996). El legitimismo europeo. 1688-1876. En S. G. Payne (Coord.), *Identidad y nacionalismo en la España contemporánea, el Carlismo, 1833-1975* (pp. 195-253). Editorial Actas.
- Caro, M. A. (1952). *Ideario hispánico*. Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.
- Caro, M. A. (1962). *Obras: filosofía, religión y pedagogía* (Tomo I). Instituto Caro y Cuervo.
- Cataño, G. (2017). Historia intelectual: El pensamiento colombiano en el siglo XIX. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 44(1), 71-83.  
<https://doi.org/10.15446/achsc.v44n1.61216>
- Colmenares, G. (1997). *Las convenciones contra la cultura: ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX*. Tercer Mundo.
- Cortés, J. D. (2016). *La batalla de los siglos. Estado, Iglesia y religión en Colombia en el siglo XIX. De la Independencia a la Regeneración*. Universidad Nacional de Colombia.

- Díaz Guevara, M. A. (1984). *La vida de don Miguel Antonio Caro*. Instituto Caro y Cuervo.
- Ferrer, M. (1958). *Breve historia del legitimismo español*. Ediciones Montejurra.
- García Albarracín, S. (2021). *Regeneraciones: historiografía sobre la Regeneración, 1970-2020* [Trabajo de grado]. Universidad del Rosario.
- Góngora, M. (2003). *Historia de las ideas en América española y otros ensayos*. Editorial Universidad de Antioquia.
- Gutiérrez Girardot, R. (2005). Una tentativa de 'historia social' en Colombia. *Revista Aquelarre, Universidad del Tolima*, 4(8), 24.
- Instituto Colombiano de Cultura. (1973). *Inventario del Fondo Caro*. Biblioteca Nacional de Colombia.
- Jaramillo Uribe, J. (1954). Miguel Antonio Caro y el problema de la valoración de la herencia espiritual española. *Thesaurus*, 10(1-3), 59-77.
- Jaramillo Uribe, J. (1977). *La personalidad histórica de Colombia y otros ensayos*. Instituto Colombiano de Cultura.
- Jaramillo Uribe, J. (1982). *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Temis. (Obra original publicada en 1964).
- Jaramillo Uribe, J. (2007). *Memorias intelectuales*. Taurus.
- Jaramillo Vélez, R. (1994). *Colombia: la modernidad postergada*. Temis.
- Jiménez Ángel, A. (2018). *Ciencia, lengua y cultura nacional: la transferencia de la ciencia del lenguaje en Colombia, 1867-1911*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

- Jiménez Panesso, D. (2002). Miguel Antonio Caro: bellas letras y literatura moderna. En R. Sierra Mejía (Ed.), *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época* (pp. 237-260). Universidad Nacional de Colombia.
- López de Mesa, L. (1944). *Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo*. Editorial El Gráfico.
- López Jiménez, C. A. (2008). *Miguel Antonio Caro y el acto de escribir*. Editorial Javeriana.
- López Jiménez, C. A. (2010). Lenguaje y tiempo humano. Reflexiones sobre el lenguaje en un texto de Miguel Antonio Caro. En E. J. Torregroza y P. Ochoa (Eds.), *Múltiples formas de la hispanidad* (pp. 209-222). Universidad del Rosario.
- López Jiménez, C. A. (2018). *El terreno común de la escritura: una historia de la producción filosófica en Colombia, 1892-1910*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Marquínez Argote, G., Salazar Ramos, R. J. y Rodríguez Albarracín, E. (1988). *La filosofía en Colombia: Historia de las ideas*. El Búho.
- Masur, G. (2016). *Paisajes del espíritu*. Academia Colombiana de Historia.
- Melo, J. O. (1979). Los estudios históricos en Colombia. En *Sobre historia y política* (pp. 35-38). La Carreta. (Artículo original publicado en 1969).
- Mesa Chica, D. (2014). *Miguel Antonio Caro: el intelectual y el político*. Universidad Nacional de Colombia.
- Palacios, M. (2003). *Entre la legitimidad y la violencia: Colombia 1875-1994*. Editorial Norma.

- Pérez Zapata, S. (2023). El internacionalismo ultramontano de Miguel Antonio Caro contra el liberalismo y el nacionalismo: Gabriel García Moreno en El Tradicionista (1871-1876). En M. Ayuso y Á. R. Mejía Salazar (Eds.), *Gabriel García Moreno, el estadista y el hombre: Reflexiones en el bicentenario de su nacimiento* (Vol. 2, pp. 567-590). Dykinson.
- Pocock, J. G. A. (2011). *Pensamiento político e historia. Ensayos sobre teoría y método*. Ediciones Akal.
- Rivas Sacconi, J. M. (1947). Miguel Antonio Caro, Humanista. *Thesaurus*, 3(1-3), 117-170.
- Rivas Sacconi, J. M. (1993). *El latín en Colombia. Bosquejo histórico del humanismo colombiano*. Instituto Caro y Cuervo. (Obra original publicada en 1949).
- Romero, M. G. (Ed.). (1976). *Epistolario de Ezequiel Uricoechea con Rufino José Cuervo y Miguel Antonio Caro*. Instituto Caro y Cuervo.
- Saldarriaga Vélez, Ó. (2008). Miguel Antonio Caro, la modernidad del tradicionalismo (Episteme y epistemología en Colombia, siglo XIX). En *Algunas facetas del pensamiento de Miguel Antonio Caro* (pp. 1-49). Editorial Javeriana.
- Sierra Mejía, R. (2005). Rafael Gutiérrez Girardot (1928-2005) In memoriam. *Ideas y Valores*, 54, 128.
- Sierra Mejía, R. (Ed.). (2002). *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época*. Universidad Nacional de Colombia.

Sierra Mejía, R. y Quintana Porras, L. (Eds.). (2006). *El radicalismo colombiano del siglo XIX*. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas.

Silva, R. (2016). El pensamiento colombiano en el siglo XIX. Breve guía para un viajero joven. *Historia Crítica*, 60, 13-22.

<https://doi.org/10.7440/histcrit60.2016.01>

Silva, R. (2020). Reseña del libro Ciencia, lengua y cultura nacional: La transferencia de la ciencia del lenguaje en Colombia, 1867–1911, de A. Jiménez Ángel, 2018. *Co-Herencia*, 17(33), 291-297.

Suárez, M. F. (1941). *Sueños de Luciano Pulgar* (Tomo IV). Librería Voluntad.

Torres García, G. (1956). *Miguel Antonio Caro. Su personalidad política*. Ediciones Guadarrama.

Torres Quintero, R. (1979). *Caro, defensor de la integridad del idioma*. Instituto Caro y Cuervo.

Tovar González, L. (1988). Tradicionalismo y neoescolástica. En G. Marquínez Argote, R. J. Salazar Ramos y E. Rodríguez Albarracín (Eds.), *La filosofía en Colombia: Historia de las ideas* (pp. 297-341). El Búho.

Valderrama Andrade, C. (1962). El pensamiento de Miguel Antonio Caro. En M. A. Caro, *Obras: filosofía, religión y pedagogía* (Tomo I). Instituto Caro y Cuervo.

Walde Uribe, E. von der. (1997). Limpia, fija y da esplendor: el letrado y la letra en Colombia a fines del siglo XIX. *Revista Iberoamericana*, 63(178-179), 71-83.